

Mi amigo Ignacio

Conocí a mi amigo Ignacio, hace ya muchos años, deambulando entre clase y clase por el hall de la Escuela, en los inicios de la carrera.

Le conocí haciendo bromas y chistes y enseguida supe que iba a ser mi amigo para toda la vida como, sin duda, así ha sido.

Hemos convivido momentos para mí imborrables y que recuerdo con especial cariño como son las noches enteras preparando apuntes y “chuletas” los días antes de un examen, o la planificación detallada de cómo plantear la “mili” para no perder un curso pero, a la vez, forzando algún suspenso en Junio para tener una “coartada” en Septiembre, pedir permiso y disponer de un par de días libres; las críticas “constructivas” cuando alguien del grupo sacaba una nota alta en una asignatura “maría” interpretándolo como un esfuerzo innecesario, los partidillos de fútbol de los fines de semana en algún colegio mayor, cuatro contra cinco, descargando adrenalina y con alguna patada a destiempo, ...

En este desorden de gratos y valiosos recuerdos tengo que incluir alguna comida con nuestras respectivas novias mirando el presupuesto a tope, pidiendo dos nécoras para los cuatro (un lujo) y repartiendo ordenadamente “las patas”.

La vida siguió su curso, acabamos la carrera, y nos dimos cuenta del cambio “a peor” que se nos venía encima: Fuimos juntos a matricularnos a Económicas intentando prolongar nuestra vida de estudiantes, pero no nos admitieron por ser ya titulados.

La vida laboral comenzó, las novias pasaron a esposas, empezaron a llegar los hijos e Ignacio alcanzó profesionalmente las cumbres más altas.

De repente todo se rompe e Ignacio se va. Nos deja un gran vacío y te das cuenta realmente de lo que significa un AMIGO con mayúsculas, te sientas a reflexionar sobre la importancia de las cosas, ves que la Escuela te ha permitido ser ingeniero pero, sobre todo, te ha permitido hacer amigos que lo son para siempre. Ignacio, gracias, seguiré diciendo con orgullo “yo fui amigo de Ignacio”.

César Herrera Castilla

Enero 2008